

FUEGO Y HIELO

Querida familia parroquial:

Le escribo hoy en el comienzo de la semana. Estamos en los días de la Novena al Espíritu Santo. La semana pasada, la peregrinación eucarística diocesana llegó a Santa Brígida y a la Escuela Católica Santa Brígida/Nuestra Señora de la Esperanza. Nos reunimos este fin de semana para celebrar la Solemnidad de Pentecostés. Signos -en el mejor sentido de utilizar esta palabra- de que la Iglesia está viva, de que la Iglesia está ardiendo, particularmente aquí en Sta. Brígida. Hay tantos signos de bendición en estos días. También escribo en medio de tiempos de gran lucha y preocupación en nuestra comunidad. Nuestra parroquia está desbordada por las crecientes necesidades de los que acuden a nuestras puertas, en particular a Parish Outreach. Luchamos por llegar a fin de mes. Intentamos responder a las necesidades de tantos como nos impulsa el Evangelio.

Nuestros corazones arden aquí, pero nos encontramos, a veces, en medio de una cierta frialdad, una resistencia glacial sobre todo respecto a "ellos", sean quienes sean. ¿Por qué preocuparse por los pobres? Deberían ayudarse a sí mismos. Si no tienen seguro, ¿es su problema que no puedan recibir ayuda médica! Si no hablan nuestro idioma, que se vayan a otro sitio. No me importa por qué vinieron, deberían volver. Esta generación no tiene valores. Deberían irse a otra parte, no aquí. Son todos criminales y asesinos. ¿Quién los necesita?

Cuando se trata de un "ellos" o una "ellas" es bastante fácil ser como el hielo. El corazón no está implicado. Están distantes, lejos, no cerca del corazón porque así lo elegimos. En muchos sentidos es más fácil.

Esto está hoy en mi mente y en mi corazón. Como habrán escuchado, ha habido algunos encuentros con ICE y otras organizaciones gubernamentales en esta área. Para muchos de nuestros hermanos y hermanas (no para ellos) ha sido un momento de gran pérdida, miedo e intimidación. Al hablar con algunos de los que se han visto afectados y leer algunos de los mensajes en los sitios web oficiales, la sensación es fría. Hemos

perdido nuestro corazón, nuestra pasión por los demás.

Pienso en las historias de inmigrantes que he escuchado en esta parroquia en mis casi tres años aquí. A lo largo de nuestra historia -de tantas tierras diferentes- tantos han arriesgado tanto para escapar de la pobreza, la violencia, los abusos, la opresión y cosas similares, con la esperanza de algo mejor, especialmente para sus hijos y sus familias. Ya sean de Irlanda o Italia, El Salvador o Europa. Asia o Sudamérica, su viaje nunca fue fácil, siempre estuvo plagado de adversidades de un modo u otro.

En la primera lectura de hoy, aunque las personas eran de tierras diferentes y hablaban lenguas diferentes, aunque tenían creencias diferentes y orígenes diferentes, entendían el mismo idioma. A los católicos nos ocurre lo mismo. Es el lenguaje del amor. El amor no puede ser frío. Sale del corazón. Por eso tenemos que celebrar Pentecostés .

Sé que hay muchas opiniones sobre cómo debemos afrontar cuestiones difíciles como la inmigración, el hambre y la falta de vivienda. Pero como personas encendidas por el Espíritu Santo, inspiradas por el don del amor de Dios, ser fríos no es una opción. Ver a otra persona simplemente como parte de "ellos" no está permitido.

El Papa Francisco, en una de sus últimas cartas nos recordaba: "Jesucristo, amando a todos con un amor universal, nos educa en el reconocimiento permanente de la dignidad de todo ser humano, sin excepción. En efecto, cuando hablamos de "dignidad infinita y trascendente", queremos subrayar que el valor más decisivo que posee la persona humana supera y sostiene cualquier otra consideración jurídica que pueda hacerse para regular la vida en sociedad."

No olvidemos que, como nos dice San Pablo, "a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu" (1 Corintios 12:13). Recemos para que nuestros corazones ardan por nuestros hermanos y hermanas, especialmente por los pobres y los vulnerables en estos tiempos.

Por favor, recen por mí. Prometo lo mismo.

Federico